

EL SOL: HERRAMIENTA DE SELECCIÓN DE LIBROS INFANTILES

Antes que nada, quiero agradecer al equipo de la Fundación Vallecas todo Cultura y a la Dirección General de Museos, Archivos y Bibliotecas de la Comunidad de Madrid, organizadoras de estas Jornadas, la posibilidad de charlar un poco con vosotros sobre la lectura y sobre el programa que actualmente dirijo, creado en la Fundación Germán Sánchez Ruipérez, hace cinco años, y en el que participan el Ministerio de Cultura, la Federación de Gremios de Editores de España y la propia Fundación: el Servicio de Orientación de Lectura, el SOL.

Como el asunto de que se trata es la selección de libros para niños y jóvenes, creí oportuno hacer referencia en el título de estas líneas a las diversas posibilidades que el SOL ofrece al usuario infantil y juvenil, a las familias y a los profesionales, en este terreno. Aunque hemos de decir que el SOL, además de ser principalmente una herramienta de recomendación de buenos libros es, también, una importante y actualizada fuente de información en multitud de aspectos relativos a la lectura y al libro, como luego veremos, aunque de forma muy mermada.

Pero me gustaría antes, compartir con vosotros algunas reflexiones en torno a esa parte fundamental de nuestro trabajo: la selección bibliográfica. En principio, la palabra selección tiene (sobre todo para quien no es seleccionado), ciertas connotaciones peyorativas; una selección obliga a excluir de un conjunto a determinados elementos, por diferentes razones. Tratándose de objetos como son los libros, la cosa se complica, dado que la subjetividad del seleccionador es un componente consustancial al proceso. No existe un decálogo que cumplir, para dictaminar si un libro concreto es más o menos recomendable para los lectores. Y además, para un grupo específico de lectores (la literatura infantil y juvenil está compartimentada, en primera instancia, por edades).

De ahí la complejidad y la responsabilidad de esta selección, que no significa restricción, como dice Geneviève Patte en *iDejadles leer!*, editado por Pirene, sino todo lo contrario. Seleccionar, dice esta autora, significa valorar. Y eso es lo que hacemos en el SOL. Destacar aquellos libros que

merecen, dentro de la gran producción editorial en España, ser resaltados para darlos a conocer y acercarlos así a los lectores.

¿Y cuáles son las razones que nos llevan a realizar esta labor de selección y recomendación? Pues son, fundamentalmente, tres.

La primera proviene de un objetivo general que aparece en el documento constitucional de la Fundación Germán Sánchez Ruipérez, institución en la que trabajo y que ha centrado, en sus veinticinco años de existencia, la mayor parte de su actividad en la difusión y extensión de la cultura del libro y de la lectura, en todos sus soportes y manifestaciones; ese objetivo es el fomento de la lectura y el libro hasta la etapa adulta (los dieciocho años). La segunda tiene que ver con los lectores.

La producción anual de libros infantiles y juveniles en España es a todas luces inabarcable para un lector medio que tiene que compaginar la lectura con otras ocupaciones, por ejemplo la de educar. Por tanto, el cometido de elegir buenos libros apropiados para los lectores no es una tarea fácil. Y aunque sabemos que el mejor recomendador de un libro es el lector cercano (la amiga, el compañero, el familiar) con el antiguo pero eficaz método del boca a boca o por la simple imitación, creemos que la ayuda profesional y ecuánime que proporcionan el SOL y otros programas y publicaciones sobre libros puede ser bien recibida en diferentes estamentos de la "cadena lectora".

Porque fuera ya de toda duda queda, como si del cambio climático habláramos, la enorme trascendencia que tiene el itinerario lector, para conseguir el hábito de leer. La escalera de las lecturas que el lector tiene que ir subiendo a lo largo de su vida, a veces con notable esfuerzo, no debe tener dificultades añadidas. Si el joven escalador se encuentra con un peldaño insalvable, lo más seguro es que abandone el proyecto completo. Aunque no solo deberemos secuenciar la altura, es decir, la complejidad idiomática o argumental de una obra dirigida a los niños, sino otra serie de elementos, como luego veremos, que inciden directamente en el desarrollo lector, propiamente dicho y que configurarán el perfil concreto de ese lector. Los desajustes en la secuenciación llevarán al abandono, según decíamos o, como mal menor, a la conformación de lo que Clive Staples Lewis (*La experiencia de leer*. Alba, 2000) llama mal lector, y a quien adjudica características como la de que nunca, salvo por obligación, lee

textos que no sean narrativos. Y cabría preguntarse: ¿tendrá que ver esta afirmación de Lewis con el hecho real de que en nuestro país, la producción editorial infantil y juvenil relega sistemáticamente a la poesía y al teatro frente a la narrativa?

Por otro lado: ¿Va creciendo el índice de buenos lectores, de esos que van más allá del simple desciframiento del código y la comprensión superficial y llegan al disfrute de la literatura, captando lo sugerido, lo no explícito, al ritmo de la cantidad? Por las estadísticas sabemos que el 84% de niñas y niños con edades comprendidas entre los 6 y los 13 años leen libros que no son de texto. Sabemos también que el porcentaje de no lectores era el 46% en 2001 y en 2005, el 42%. Es decir: estamos ganando lectores. O lo que es lo mismo, las apuestas que se realizan en diferentes instancias, desde las institucionales a las particulares, van dando sus frutos, poco a poco. Y esto está muy bien. Sin embargo, mucho nos tememos (y ahora la estadística es más negativa que la anterior) que los resultados de los informes sobre comprensión lectora, que no reflejan sino el número de malos lectores que tenemos, indican un aumento solo de la cantidad pero no de la calidad.

Pero sigamos un poco con esa caracterización de Lewis de los malos lectores. Tampoco el mal lector tiene oído. "Son incapaces -dice- de distinguir entre las más horribles cacofonías y los más perfectos ejemplos de ritmo y melodía vocálica". "No son sensibles al estilo e incluso llegan a preferir libros que nosotros consideramos mal escritos. Haced la prueba -propone este autor- y ofreced a un lector de doce años sin sensibilidad literaria (no todos los muchachitos de esta edad carecen de ella -observa Lewis-) *La isla del tesoro* a cambio de la historieta de piratas que constituye su dieta habitual. Les gustan las narraciones en las que el elemento verbal se reduce al mínimo: tiras donde la historia se cuenta en imágenes, o películas con el menor diálogo posible. Piden narraciones de ritmo rápido y critican la lentitud y el "detallismo" de las obras que rechazan. No es difícil, termina diciendo Lewis (y recordamos que esto está escrito allá por los años sesenta), descubrir el origen de todo esto. Así como el oyente que no sabe escuchar música solo se interesa por la melodía, el lector sin sensibilidad literaria solo se interesa por los hechos. El primero descarta casi todos los sonidos que la orquesta produce realmente: lo único que le interesa es

tararear la melodía. El segundo descarta casi todo lo que hacen las palabras que tiene ante sus ojos. Lo único que quiere es saber qué sucedió después. Solo lee relatos porque únicamente en ellos puede encontrar hechos. Es sordo para el aspecto auditivo de lo que lee porque el ritmo y la melodía no le sirven para descubrir quién se casó con (o salvó, robó, o asesinó) a quién.

Y seguimos preguntándonos: ¿no tendrán que ver estas afirmaciones de Lewis con el auge de esos libros de género fantástico, de más de quinientas páginas, donde siempre está ocurriendo algo y siempre hay algo que pasa después, incluso con un milimetrado estudio de mercadotecnia? ¿Qué tipo de lector se está construyendo? Y esto nos lleva a la tercera razón de nuestro trabajo de selección y recomendación: La asistencia al mediador, entendiendo por tal a la persona que puede favorecer el acercamiento del niño a determinados libros.

La función del mediador es capital en el camino de formación de los lectores como lectores literarios. Sin la intervención del mediador, el niño, objetivo prioritario de los agentes publicitarios por el consumo potencial que puede generar, desde antes de nacer, estará indefenso ante el ataque de las promociones editoriales (o incluso de las modas apoyadas en elementos o personajes literarios o pseudoliterarios) . Y para el niño, y para el joven, un intermediario cualificado es, casi siempre, el docente. Ella o él están en contacto directo con los lectores-alumnos, durante un buen número de horas al día. Pero sobre todo están en su registro. Viven su libertad, la de fuera de la paredes de casa; conocen el trato con los amigos y las amigas, notan su tristeza o su alegría, saben de lo que son capaces. Y el valor de la recomendación de esa profesora o de ese profesor es muy alto, aunque la indiferencia sea (en el mejor de los casos), la respuesta "obligada" a nuestra propuesta.

Y por eso hay que estar informados. Porque la transmisión del gusanillo es muy personal, casi íntima, una especie de código secreto para iniciados que comparten o conocen los gustos del otro; la base de una correcta construcción del itinerario lector. De ahí que tengamos mucha prevención hacia esas situaciones en las que más de un sesenta por ciento de niñas y niños de una misma clase colegial lee el mismo libro. Hemos de pensar que hay algo más, detrás de esa uniformidad, que un simple gusto

literario. A estos libros de tiradas insólitas y compra compulsiva por parte de los lectores les acompaña toda una maniobra comercial, perfectamente estudiada; un auténtico compendio de psicología de las niñas y los niños de esas edades a las que van dirigidos; curiosamente, la franja de índice lector más alto, la comprendida entre los ocho y los doce años. ¿Significa esto, entonces, que la lectura de estos libros de gran público es nociva para la formación de lectores literarios y debemos no recomendarlos? Es evidente que no. Primero porque ya sabemos de antemano lo que conseguiríamos, por reacción; una lectura única: la de esos libros.

En segundo lugar, porque no sería justo. Esos libros tienen una serie de cualidades, como la de hacer disfrutar a los lectores con las historias que contienen, elemento no desdeñable, por otra parte, para crear la afición a la lectura. Y en tercer lugar, porque no conseguiríamos absolutamente nada.

Lo que deberemos hacer es aprovechar esa motivación añadida para conseguir que el lector crezca, también en sus lecturas. Con la información adecuada, podremos sugerir libros de tema similar, pero con una calidad literaria superior, libros con determinados protagonistas que tienen características como las de sus héroes, pero con una mejor estructura literaria, introducirlos en temáticas y géneros diferentes y tantas otras cosas. Y en esto, el SOL puede ser una herramienta útil y de garantía, dada la inabarcable (sin dejar de lado el grosor de muchos de ellos) cantidad de libros que se publican, como decíamos antes. Porque de lo que no nos libramos (bienaventurada cadena) es de leer para que lean; sea por imitación, por el prestigio que otorga la profesión, por prescripción facultativa o por cualquiera otra razón que añadáis, si leemos, leerán. Tenemos que leer y tienen que vernos leer. Como el acertado título del último libro de la profesora Teresa Colomer, publicado por el Fondo de Cultura Económica, *Andar entre libros*.

Valgan, para confirmar que el procedimiento no es nuevo, estas palabras, que tomo del libro de Alberto Manguel *Una historia de la lectura*, publicado por Alianza y la Fundación Germán Sánchez Ruipérez:

“Bien y lealmente deben los maestros mostrar sus saberes a los escolares leyéndoles los libros y faciéndogelos entender lo mejor que ellos pudieren: et desde que comenzaren a leer deben continuar el estudio todavia fasta que

hayan acabados los libros que comenzaron, et cuando fueren sanos no deben mandar a otros que lean en su lugar dellos, fueras ende si alguno dellos mandase a otro leer alguna vez, será por facerle honra et non por razón de se excusar él del trabajo de leer”.

Estas líneas pertenecen al libro de *Las siete Partidas*, de Alfonso X el Sabio.

Igualmente el SOL puede ser un instrumento de utilidad para otro de los vértices del triángulo de mediación: los bibliotecarios. En el terreno de la selección y recomendación de libros para lectores infantiles y juveniles, los bibliotecarios tienen a favor respecto del grupo anterior, el de los docentes, el hecho indudable de que alguien que va a la biblioteca es porque quiere, cosa que no sucede en el caso de la escuela. Además, el lector posee una absoluta libertad de elección (no hay ningún libro de prescripción). También, por regla general, el bibliotecario lee más, por profesión y puede recomendar un mayor número de lecturas ante una determinada solicitud. Por contra, la relación que existe entre lector y bibliotecario es menor que la que hay entre alumno y profesor, salvo los casos de asistencia muy frecuente, que algunos hay. A este respecto, los datos que arrojan las estadísticas son, digamos, muy mejorables (los tomo del libro: *La biblioteca pública en España. Una realidad abierta*, publicado por el Ministerio de Cultura, dentro del Plan de Fomento de la Lectura y la Fundación Germán Sánchez Ruipérez, en 2001).

El porcentaje de habitantes inscritos en bibliotecas públicas en 1996 en Europa era: Bélgica, 22% de la población; Finlandia, 49%; Irlanda, 24%; Reino Unido, 58%; España, 16%. Como dato positivo, la frecuencia de asistencia de los usuarios; de los encuestados entre 14 y 18 años que declaran ir a la BP, un 49% lo hace al menos una vez a la semana. Como dato negativo para la lectura, a la pregunta: ¿por qué motivos visita o utiliza la BP? En la franja que nos atañe, la de 14-18 años (no hay datos de edades anteriores), las respuestas son:

Por estudios o formación: 92%

Para su tiempo libre/ocio: 5%

Para informarse de algo: 1%

Para leer: 2%.

Mucho camino queda todavía, como es evidente, para conseguir que la biblioteca sea, además de un lugar donde poder hacer los trabajos escolares, un sitio donde leer. Y en ello se afanan los bibliotecarios ofreciendo, como si de reclamos se tratara, una serie de servicios que han transformado completamente el antiguo concepto. Hoy, una gran mayoría de bibliotecas públicas proporcionan información para la comunidad, realizan programas de formación de usuarios, disponen de equipos informáticos multimedia, mantienen bases de datos de interés local, tienen acceso a internet a disposición de los usuarios e incluso mantienen una página web propia; permiten el visionado de películas y la audición de materiales sonoros en sala, ofrecen la posibilidad de consulta del catálogo a distancia y servicios de alerta y difusión selectiva de información, dan servicios especiales a discapacitados y un largo etcétera. Si a esto añadimos las labores cotidianas de una biblioteca, como la gestión de la colección o las puramente administrativas y las actividades que para niños y jóvenes programan (grupo de lectura, hora del cuento, encuentro con autores, confección de guías de lectura, etcétera), convendremos en que el tiempo que se puede dedicar a la lectura con fines de recomendación, es también escaso, como el de los docentes.

Por y para ellos, docentes y bibliotecarios, el SOL ofrece, además de la selección, una importante cantidad de datos, informaciones y propuestas, en las diferentes secciones del Banco de recursos para profesionales.

Y el tercer vértice del triángulo corresponde a la familia, quizá el más desvalido en este terreno de la recomendación, por su –en líneas generales– desinformación sobre el tema. Pensando fundamentalmente en este grupo de mediadores, el SOL ofrece en todos los libros para niños hasta quince años, un doble resumen, que puede verse desde el apartado de Lecturas SOL, con el fin de resaltar determinadas cualidades o características que pueden orientar a la hora de la compra de un libro. Y hablamos de compra por lo infrecuente de otros métodos de promoción del libro y la lectura en la familia: no son habituales ni la asistencia a la biblioteca en familia ni el rato de lectura común en casa, por ejemplo, superados los primeros años, en los

que la narración oral o la lectura en alto acompañan al niño en algunos momentos, especialmente el de ir a la cama.

Y dada la importancia que tiene en la formación de lectores la primera época de la vida (recordemos a este respecto aquel experimento realizado con dos matrimonios y sus respectivos hijos), el SOL ofrece, en la sección de Familias, además de las lecturas recomendadas con esa información suplementaria que antes decíamos, otros tres apartados: Biblioteca familiar, Asesoría e Ideas SOL.

En la Biblioteca familiar se reseñan más de trescientos libros para adultos, agrupados por temas: Problemas más comunes; Desarrollo por edades; Libros de carácter general; Leer en casa; Memorias y testimonios y Lecturas de apoyo. En la Asesoría damos respuesta (o al menos lo intentamos, con la ayuda de los especialistas) a las diferentes consultas que nos llegan. Y las Ideas SOL son un conjunto de reflexiones, en las que lectura y familia se entrecruzan, con pautas concretas para que el binomio sea fructífero.

Hasta aquí, el por qué y el para quién del SOL. Veamos ahora, aunque sea de forma sucinta, el cómo; cuáles son algunos de los principios y procedimientos de trabajo que desarrollamos para la selección y recomendación de libros infantiles y juveniles.

A quienes practiquéis el saludable deporte de seleccionar libros para otros, poco novedoso escucharéis en lo que sigue. Porque son, más que una receta milagrosa con la que garantizar el acierto pleno, las rutinas del lector (quizá del buen lector), al aproximarse a los libros que otros leerán, con unas altísimas dosis de sentido común. No olvidemos tampoco que las generalizaciones, en esto de recomendar, nunca son buenas. La observación de los lectores, de sus gustos, de sus intereses, de sus reacciones, son la mejor fuente de información para conducir al lector por un itinerario de lecturas que le permita crecer.

Recomendar hoy un libro para niños no es solamente valorar ese libro en sí mismo. Existen una serie de factores externos que no podemos olvidar cuando seleccionamos. Si la Pragmática, en lingüística, toma en consideración los factores extralingüísticos que determinan el uso que los hablantes hacen del lenguaje, esto es, todos aquellos factores a los que no

se hace referencia en un estudio puramente gramatical, podríamos decir que lo que realizamos es una especie de pragmática literaria, en la que el texto tiene un valor fundamental, por supuesto, pero ¿a quién va dirigido? ¿Cómo está presentado? ¿A qué colección pertenece? ¿Cuál es la trayectoria de la editorial? ¿Responde a algo coyuntural? ¿Cuál es su grado de originalidad? ¿Qué visión del mundo tiene el autor? ¿Y el ilustrador? La respuesta a varias de estas preguntas solo es posible si se dispone de un bagaje de lecturas muy considerable y realizadas con la vista puesta en el lector. No basta con haber leído mucho. Hace falta haber leído mucho para que otros lean mucho.

Y en esto, el SOL tiene la fortuna de contar, en la dirección de la selección, con dos de las personas más cualificadas en España, en este terreno y a quienes probablemente conozcáis: Felicidad Orquín, premio nacional de crítica literaria, editora y especialista en literatura infantil y juvenil y Pablo Barrena, crítico del diario ABC, especialista también en literatura infantil y juvenil y escritor. Ellos garantizan que los libros que en SOL aparecen como recomendados cumplen los requisitos para ello. También cuenta el SOL con el trabajo del Centro Internacional del Libro Infantil y Juvenil que La Fundación Germán Sánchez Ruipérez tiene en Salamanca y que lleva más de veinte años dedicado específicamente a esta labor de selección.

La que el SOL ofrece en su página está basada, en primer lugar, en la independencia de sus decisiones. Decir solo a este respecto, que en los más de cinco años que el SOL está en internet no hemos recibido ni una sola presión de ninguno de los más de cuatrocientos editores presentes con sus libros en SOL. Creo que es algo de obligada mención, si tenemos en cuenta que una parte del presupuesto anual lo aporta la propia Federación de Gremios de Editores de España. Sin esa independencia, la selección se vería seriamente afectada por criterios no profesionales.

En segundo lugar, la rigurosidad de la lectura. Un libro no puede ser recomendado sin más, simplemente porque tenga un determinado premio, por ejemplo. O porque posea unas maravillosas ilustraciones, o porque el tema nos resulte sumamente adecuado, o porque pertenece a una serie de libros de los que ya hemos leído alguno interesante, o porque su autora o autor nos son conocidos, o porque la editorial lleve una línea de

publicaciones que consideramos correcta, entre otras muchas cosas. El libro hay que verlo al completo: desde la primera de cubierta hasta la cuarta de cubierta. No podemos dejar de lado, pongamos por caso, la lectura de la página legal, cuyos datos nos dirán la fecha de publicación inicial, con lo que sabremos si es una reedición y de qué año es el original. También veremos, si es una traducción, en qué editorial se editó por primera vez, y quién lo ha traducido (este dato aparece en los libros infantiles y juveniles con menor frecuencia de la deseada y es una permanente reivindicación de los traductores); todas estas informaciones importantes a la hora de analizar libros informativos, ya que a veces las obras extranjeras proporcionan una visión distorsionada o, cuando menos incompleta, de nuestra realidad o de la realidad, en general.

En las solapas, si las hay, se hace referencia, normalmente, a datos interesantes del autor y del ilustrador del texto (si lo tiene). Y en la cuarta de cubierta encontraremos, por regla general, la información del editor en lo referente a la propia obra, con un resumen argumental de la misma, la edad a que el libro va dirigido, la colección a que pertenece y alguna otra que considere pertinente. Esta página es importante, porque contiene la información más extensa que podemos leer sobre ese libro que no conocemos, pero habremos de leerla con ciertas precauciones (no olvidemos que quien la redacta es, al mismo tiempo, quien vende el libro).

Y en tercer lugar, la selección del SOL se realiza siempre pensando en el lector. El grado de generalización inevitable que un programa como el SOL tiene nos obliga, en ocasiones, a eliminar alguno de los filtros habituales, pensando siempre en que quizá haya lectores interesados en un tema o unos dibujos, o unos personajes. Pongamos un ejemplo. Pensemos en un libro de papiroflexia. Su calidad de impresión deja que desear, los dibujos no aguantarían un análisis gráfico ortodoxo y encima el formato es bastante inconveniente dado el tipo de libro que es. En el otro platillo: hay muy pocos libros sobre el tema, el usuario del SOL se siente defraudado porque no hay ni un libro sobre lo que realmente le gusta y el mediador no encuentra nada con que aplacar la sed lectora o de información, en este caso, de esa niña o de ese niño. Lo que haríais vosotros es lo que hacemos en el SOL. Ese libro entra en la selección. Por eso y porque cada niño es otro niño, como dice Carlos Silveyra en un artículo publicado en SOL hace

unos meses, una selección nunca puede responder a unos estrictos criterios preestablecidos, aunque haya algunos parámetros que nos sirvan de guía, como ahora veremos.

En los libros de obligada presencia del mediador (niñas y niños menores de cinco años) observaremos su formato y su encuadernación. Los libros para los más pequeñines (0-3) no deben nunca ser "objetos peligrosos" que puedan herir al niño. Si eso sucediera, pocas posibilidades tendremos después de que ese objeto le guste. Libros de mucho peso, con cartón rígido o papeles couché cortantes no son recomendables en principio.

La bibliografía para estas edades iniciales es abundante en libros de ficción, generalmente álbumes y en textos informativos, de reconocimiento. Son numerosos los títulos para acercarse a los colores, a los animales, a los oficios, a los juegos, a los números, a las atracciones, al reloj, a las formas, a las estaciones del año y un largo etcétera. Pero ¿cómo es el texto de ese libro? Ha de ser muy poco, porque es un libro de lectura compartida. ¿Es claro? ¿Su vocabulario es correcto, no cursi, de palabras comprensibles o fáciles de comprender con la ayuda del mediador? ¿Es una historia coherente o tiene saltos argumentales? Al ser libros basados en la imagen, ¿es esta un apoyo para la comprensión de lo que se cuenta o, por el contrario, plantea dificultades? ¿Son reconocibles las imágenes o el león parece más bien una mosca? ¿Qué presenta ese libro como atractivo motivador para que el prelector se involucre, señale, reconozca, se ría, juegue y se comunique? ¿O es un libro plano, sin gracia, en el fondo, uno más?

En los libros para contar, vamos a encontrar muchas historias cercanas, del mundo que los rodea y de los sentimientos de los niños y de las niñas de estas edades. Escenas de la vida cotidiana: el baño, la comida, la hora de acostarse, la escuela, las excursiones a la Naturaleza. También son frecuentes los primeros pasos en los acontecimientos de la vida: los pañales, los cubiertos, el primer hermano, la muerte de un ser querido... No faltan, y es bueno que así sea, los libros de cariño: entre familiares, entre amigos, entre niños y animales, entre niños y objetos. O los de caracteres, con niña o niño como personaje protagonista: el simpático, el amable, el llorón, el pesado, el hiperactivo o de tantos y tantos temas. Vigilemos en

estos libros dirigidos fundamentalmente a los de 3-5 años cosas como la verosimilitud de las historias. La pertinaz coherencia de los niños rechazará el atentado a la lógica. Claro que un ratón, roe que roe, puede liberar al león de la red en que ha caído. Pero difícilmente una pulga puede salvar de una inundación a una ternera (aunque sean pulguita y ternerita). Los niños aceptarán gustosos el disparate, formulado y planteado como tal. Lo que no entenderán será el disparate dentro de la lógica de una historia. Busquemos textos con ritmo y sonoridad. Leer una historia donde las palabras solo sirven para expresar unas ideas y nada más, es empobrecedor. Leer en alto una historia donde las palabras están buscadas; donde la frase tiene una medida apropiada; donde la puntuación ayuda a la historia y por tanto a la lectura; carente de clichés, frases hechas, refranes moralizantes o modismos en general resultará estimulante para el mediador lector y, por ende, para el oyente lector. Coherencia también en la relación texto e imagen. No olvidemos que en la lectura compartida, el niño se va fijando en las imágenes, según el adulto va contando-leyendo.

Pero dejemos a estos prelectores, que les están cantando retahílas, canciones y juegos con palabras y observemos a los de la siguiente edad; la de las niñas y niños que son capaces de algo trascendental: leer solos (6-8 años). Lo de las franjas es realmente un problema que, no lo oculto, también el SOL tiene. De alguna manera hay que parcelar, aunque las diferencias de capacidades, psicológicas y de intereses entre los de seis años y los de ocho son grandes. A los seis, desarrollan la técnica lectora y a los ocho son capaces de percibir, de forma selectiva, diferentes elementos de la narración. Entre ambos polos hay todo un mundo de diferencias en las estructuras narrativas que pueden asumir, en las figuras retóricas que son capaces de comprender, en la caracterización de los personajes que pueden retener de forma autónoma y dentro de la historia, etcétera.

Formalmente, fijémonos en las dimensiones de la línea de lectura y en la tipografía empleada, porque es un asunto no demasiado cuidado a veces por los editores. Resulta que son libros, muchos de ellos, bellísimos: de presentación, de formato, de maquetación. Y suele caerse en una supeditación de todo a esa hermosa forma. No olvidemos que estamos empezando a leer; que todavía silabeamos; que necesitamos el dedo para no perdernos. La línea que supere los ciento cuarenta milímetros se

considera de difícil lecturabilidad, incluso para el lector adulto (todos padecemos con esos correos que ocupan la pantalla completa del ordenador y en los que necesitamos casi seguir con el dedo, para no confundirnos de línea). Y en cuanto a la tipografía, recordar que a los seis todavía tienen dificultades para descifrar el código. No se lo pongamos más difícil con letras dibujadas de complicada interpretación, que harán que el lector se centre solamente en ese desciframiento, olvidándose de comprender, y por tanto de disfrutar de lo que está leyendo. Ojo pues con esos preciosos álbumes muy grandes y apaisados en los que la lectura resulta tan difícil. Quizá sea mejor posponerla hasta que la técnica lectora esté totalmente desarrollada y podamos gozar de verdad con su texto y sus imágenes.

Edades propicias (la verdad es que todas lo son, aunque esta especialmente) para los libros de humor. Muy directo y evidente, no metafórico. También para los libros de intriga elemental (en texto o ilustración); los "¿y quién podrá ser?" "¿Y qué sucederá ahora?" "¿Y cuánto?" "¿Y cómo?" son preguntas que el propio desarrollo del libro deberá poder permitir y que harán de la lectura compartida un tiempo sumamente grato. Y el final puede ser de cualquier tipo, pero si conlleva una sorpresa, mejor que mejor. Son la mayoría historias predecibles, que recompensan al lector según va leyendo y descubriendo que él o ella son capaces de anticipar elementos de la historia. Pero el final con sorpresa lo recoloca y encuentra el gusto que a todos produce lo no consabido. Es muy probable que en el próximo libro busque también esa superioridad del escritor que es capaz de decirle algo que a él o a ella no se les había ocurrido.

Son libros con claros personajes como protagonistas (mejor que sean pocos y bien caracterizados), donde la forma más habitual de comunicación es el diálogo. De ahí la posibilidad del teatro para estas edades, que luego, por desgracia, va decayendo.

Muchos animales amorosos, sobre todo en seis años, para encarnar cualidades y sentimientos como el miedo, el valor, la generosidad, la amistad. Vigilemos la concepción del mundo de esos libros, comprobemos que no son ideológicamente marcados, que no son ñoños y que preservan valores universales. Veamos si la ilustración es sugerente y motivadora o tópica, reiterativa y sin personalidad. Atención también a los modelos

personales o sociales que se presentan, no solo en los libros de ficción, sino también en los informativos, muy abundantes en los canales de venta y cuyo contenido, aunque de lenguaje sencillo, debe ser científicamente riguroso.

Y aprovechemos para continuar con la poesía, sencilla, de rima consonante, de temas cercanos, pero no como pretexto. Es bastante patético y descorazonador ver cómo se puede llegar a utilizar la poesía para enseñar normas de educación vial. Y otra cosa: si creemos que pueden leer a Alberti o a Lorca, leámosles a Alberti y a Lorca, no al remedo. Y si demandamos cuidar el léxico en otros géneros, en este más. No nos preocupemos demasiado del significado de alguna palabra. Si lo que cuenta el poema es asequible, adelante. Pero no porque sea un clásico, sino porque esas hermosas palabras les llegan, les emocionan porque las entienden y saben que están muy bien dichas.

Al llegar los nueve llega la autonomía lectora. Con diez y con once años saben y quieren elegir sus lecturas y es momento importante para la intervención del mediador. Es el momento de tener presentes temáticas muy bien aceptadas: aventura, ciencia ficción, humor, suspense y terror, por ejemplo, pero con una buena oferta de calidad. No hace falta decir el interés que suscitan libros con personajes con los que se pueden identificar y de quienes son inquebrantables seguidores (el libro más releído en Reino Unido es *Harry Potter y el cáliz de fuego*, según leí hace poco).

Es un momento importante en la historia del lector porque puede que se quede ahí, sin salir de esos libros y puede que evolucione, si conseguimos que traspase la frontera hacia una literatura que va más allá de la pura sucesión de acontecimientos, como decía Lewis. Y para ello necesitamos una oferta amplia donde poder elegir y siempre la sugerencia, no el mandato, que de todos es sabido que el verbo leer se lleva mal con su imperativo. No existe, lo reiteramos, la poción mágica. Los gustos del lector son impredecibles. Pero si no damos esas posibilidades para elegir, difícilmente encontraremos ese libro o esos libros que van a empezar a configurar al individuo como lector.

Comienzan a leer sin problemas novela, que iremos graduando en dificultad y extensión según los años. Personajes bien definidos, libros de pandilla, viajes, humor más elaborado, descubrimientos, biografías (mejor

de personajes atractivos, para ir introduciéndolos en el género).

Planteamientos existenciales abiertos son preferibles a la moraleja cerrada, que rechazan porque consideran que tienen opinión propia y eso se traduce en los principios de su independencia. Son posibles el realismo y la fantástica en dosis parejas y disfrutan de los juegos con el lenguaje. La elección del final en determinados libros que así se plantean les resulta entretenido y gratificante, porque refuerza su autonomía incipiente. Es edad de detectives, aparecidos y fantasmas, horror en los castillos siniestros, vampiros y demás seres de ultratumba.

A las siguientes etapas, 12-14 y 15-18 años corresponde la que denominamos literatura juvenil y sobre la que Emili Teixidor, en su libro *La lectura y la vida*, publicado por Ariel, dice: "La literatura infantil es reciente, la juvenil, de ayer mismo. Con poca historia, poca tradición de género y, con frecuencia, con pocos escrúpulos. Y sin reglas claras. Por eso nos encontramos con colecciones que mezclan clásicos como Gustavo Adolfo Bécquer o Emilia Pardo Bazán, con obras recientes escritas con la voluntad de dirigirse exclusivamente a un público joven. No estoy diciendo que un joven no pueda leer a Bécquer, a Pardo Bazán o incluso a Tolstoi o a Dostoievski, o a quien quiera, si le apetece. Digo que estos autores no escribieron específicamente para jóvenes, que este nuevo mercado juvenil antes no existía y ahora existe porque responde a las necesidades de un nuevo mercado de lectores adolescentes y que la escolarización obligatoria hasta edades cada vez más tardías hace que la lectura no sea ya cosa de unos pocos –la minoría que puede leerlo todo enseguida– y que la mayoría de los jóvenes no podrá acceder plenamente a Dostoievski o a Daniel Defoe (iel único autor que Rousseau permitía leer a su Emilio!) si no es de la mano de un buen profesor o de lecturas bien seleccionadas que le ayuden a superar gradualmente todas las dificultades".

En la literatura infantil, las posibilidades del lector y sus gustos están bastante definidos. La literatura juvenil es más cajón de sastre, vale casi todo. Y si un lector a los 18 años es ya adulto, a los 12 busca todavía argumentos muy desarrollados, narraciones en las que no se quiebre de forma abrupta la secuencia temporal, descripciones extensas, que ayudan a configurar de forma precisa a los personajes, por ejemplo. El lector de esta edad se ve defraudado ante finales abiertos, donde no se resuelvan

explícitamente los problemas o los enigmas que se plantean en el libro.

Temas interesantes para estas edades son vida real, historia, biografías, humor, deportes, misterio, ciencia ficción. La extensión de los libros no es, a diferencia de los infantiles, obstáculo para la lectura. Es más, se sienten "orgullosos" de haber leído un libraco de tomo y lomo, porque lo consideran prestigioso y llegan a rechazar libros porque son demasiado "finitos". La secuenciación, de los 12 a los 18 hay que buscarla más en los temas, en las estructuras narrativas, en el lenguaje empleado, en los artificios literarios utilizados y en la visión del mundo, más o menos compleja, que el libro presente.

Huyamos (siempre, pero más en estas edades, porque las temáticas que se tratan son más proclives a ello) de los libros demagógicos, sobre temas de su interés: el sexo, la droga, la muerte. Hay libros que esconden un vacío absoluto camuflado en el "coleguismo" del autor con el lector, basado, en muchas ocasiones en el lenguaje empleado. Pero nada más. Vigilemos ese lenguaje utilizado si queremos que nuestros lectores progresen, no fuere a ser más ramplón que el suyo propio.

Y recomendémosles, sobre todo, libros imaginativos, donde escritura e ideas van proporcionando, simultáneamente, los elementos necesarios para consumir el placer de leer. Sugirámosles buena literatura.

Por todo esto y para esto existe el SOL. Porque (y cierro con palabras de Geneviève Patte, con quien empezábamos) "las lecturas de los niños, su calidad, su evolución, dependen esencialmente de los libros que encuentren –sin tener que buscarlos- en su entorno inmediato. Dependen de lo que le "caiga en las manos". Estas lecturas, pues, están sumamente condicionadas por lo que los adultos deciden, de una manera más o menos razonable, comprar para ellos. Los libros que compran responden de diferentes maneras a la idea que ellos se hacen de la importancia del libro y de la lectura".

Muchas gracias.

Luis Vázquez.

www.sol-e.com

Vallecas, veintidós de noviembre de 2007

